

poesía

ESCENAS DEL JARDÍN

Brenda Ríos



FLECHA ROJA EDICIONES

Escenas del jardín

Brenda Ríos

Primera edición Mantis editores, México, 2015

Libro ganador del Premio Nacional de Poesía Ignacio Manuel Altamirano 2013

Escenas del jardín

Doméstico

No podía respirar,
la boca de hoguera
de tren viejo
como el metro en la lluvia
o un auto varado en medio de la nada.

No podía respirar con tramos de cobertor en la garganta
no recordaba el sueño
no podía hablar.

Amanece, sin embargo.

Y, en la cocina,
tú, causando estragos de platos rotos.

Llego de otra parte
hirviendo en miel oscura.
Llego del sueño, cualquiera que hubiera sido.

No puedo decirte nada
te veo romper concentrado
quebrando todo lo que puede ser roto.

Anoche, antes de dormir
dijiste: Toca el pecho, a la mitad.
¿Qué hay ahí?

Metí la mano y llegué del otro lado.
Con ojos abiertos
cantabas algo
una tonada que no puedo recordar.

Justo ahora que no hablo
y no respiro
no hago más que verte
en ropa interior
el pelo revuelto
sin entender cómo llegaste aquí
cuando yo, segura de mí,

traspasé ese pecho de hombre

y mi mano fue espada

cierta.

Viaje

Fui a París una vez

pero la olvidé tan tremadamente olvidada

que me quedó apenas el sabor del nombre

un andador con fotos viejas de la ciudad;

ni siquiera podía pronunciar esas calles

me perdí varias veces en el metro

recuerdo al parecer dos o tres cuadros oscuros

cielo gris.

No veo más allá de eso:

niebla fue París,

niebla cayendo como avión

en picada.

Las manos abiertas antes de caer

salto

no hay en la piel toda
ligeras partículas de extrañamiento

Escenas del jardín

El día y sus formas
sobre la persiana.

Pensaba en ti
en el modo de entrar mi mano en tu cabello
y quedarse ahí a vivir por segundos.

Pensaba en ti
más que en mí
en tu felicidad
tu modo de dormir boca abajo con los brazos arriba
pidiendo asilo en alguna parte de tu sueño.

Cada noche que dormiste en casa
soñabas lo mismo:
un río:

cuatro hermanos:

una madre:

la mesa puesta:

Siempre era verano en tu sueño

caías de un tronco

sin ropa

sobre el agua.

Cada noche que dormiste en casa

estabas seguro de que era tu infancia

tomando su lugar en mi cama.:

vías de un tren que no existe

pero el río está,

los hermanos están

tu madre...

Despertabas más ligero

más confiado en el presente

que es hoy

no mañana.

No hay río cerca
pero estabas a punto de saltar
a alguna parte.

Noticias sobre el hijo

Pues bien madre
te vengo a decir que tu hijo
se fue a vivir a China
si no feliz al menos sonriente.

Una gran mujer lo asiste
en su cultura única
usa bikini en los funerales.

Hermosa ella.

Da buenos hijos de dientes blancos.

Tu hijo es chino ahora. Sueña en chino
aprendió el idioma en tiempo récord.

No te angusties por él.

Mira que es próspero

 pone sus pantuflas del lado derecho de la cama,
 no consume alcohol ni religión.

Es puro, tu hijo, madre.

 No como esos hijos de puta
 con rifles cargados afuera de los bancos,
 o en tropelés mandados quien sabe adónde
 a matar
 a quién sabe a quién.

Hiciste bien madre

en dejar ir a tu hijo.

Sueña con él

cuando era niño.

Aliméntalo.

Dile no, eso no, se rompe.

En China duermen

cuando nosotros apenas

abrimos los ojos.

Vacaciones

La mujer cheque sabía todo eso:
después de adoptar a los niños de la calle,
se ponía en pelotas al aire libre
y nadie le decía nada.

Era hermosa, sin duda,
y sin miedo:
filántropa de senos a la cintura
No se notaban en las caderas de la mujer cheque los pasteles de nuez
con pizca de canela.

Si por ella fuera, le daría pizza de ostiones a los niños.
y un libro en papel couché para colorear.
Cuando se aburre, viaja
por la decoración en su recámara.

El mayordomo le lleva sus batas de seda
y ciertas pastillas que la reconcilian
con todo aquello con lo que no hay problema.

Sabía de ti y de mí
puestos ya a hacernos viejos
para siempre.

Escenas de hotel

Era la primera vez que veía a la mujer cheque,
cayéndose de borracha en el lobby del hotel.

No tenía buena pinta:
el rímel caído, el tirante del sostén de fuera;
si estaba apoyada en un desconocido
no se fijó.

Eso pasa con las mujeres de éxito

↓dijo una vieja a mis espaldas↓la
falta de costumbre.

La vería en la alberca después, como si nada,
comenzando la mañana con bloody marys

que no la dejaban morirse de calor.

Me caía bien la mujer cheque.

Hablabá hasta por los codos

nostalgia de un amor,

una casa vacía

niños que no fueron,

esterilidad probada.

A su alrededor, las moscas

eran sus hombres:

buenos para cobrar el cariño.

A la larga,

el desamor

es más caro

por estar hecho de mejor calidad.

A medianoche bajaba al bar,

ya sola,

dueña de una tristeza auténtica

como esa que se anuncia en la televisión
para vender perfumes.

Me contaba su vida.

Y antes del amanecer se iba a su recámara

quizá menos triste

para entonces

Vigilia

Tomé tanto café

que me mantuve despierta

dos años y medio.

No había forma:

entre el insomnio y los mosquitos

me pasé veranos enteros viendo llover

sintiendo llover...

el mundo era un ente visible:

de tan abiertos, vigilantes los ojos

podía tocarlo entero.

El mundo era todo:

sin ser pequeño en absoluto

veía los trenes de Japón a toda velocidad,

los cafés de las plazas en Venecia.

El mundo era vasto, un mar único:

sola agua

sola tierra

solos hombres

la vigilia y yo mirábamos

hasta cansarnos los ojos

pero el sueño no llegaba.

Es terrible no poder dormir:

los moscos entran por las ventanas,

haciéndose cargo de la noche

aleteando en los oídos tambores de selva.

Tanta gente queriendo ser feliz

y ellos invisibles.

Por otra parte, su deseo es ridículo:

¿cómo ser feliz en estas tardes

en que el agua cae

y pertenece como nosotros al mundo?

Así, ¿tan abiertos de ojos

y de manos: abiertos como plantas

o animales en la carretera?

Un cuadro

Aprendo. Veo tele después de la ardua jornada

y aprendo.

Los niños se desarrollan hacia adentro

en videojuegos íntimos.

Somos ese cuadro, querido:

en el infierno, sentados en la barra desierta

tú, yo, el bartender, la llovizna afuera

la ciudad en alguna parte

nuestras madres lejos

nuestras manos juntas en el cenicero.

Queriéndonos a falta de mayor actividad

pero nadie propone subir a la cama

situada a cuatro pisos del bar.

Somos ese cuadro querido:

quemándonos eternamente

con palabras encendedores

cultivando en un lugar incierto

ciertos modos de mirar, pocos gestos

capaces de destruir enteramente

lo dulce, lo híbrido, lo amorfo

que permanece.

Qué sé yo

Llegamos.

Medianoche.

El sitio a reventar.

La gente bailaba.

Y nunca te había visto.

Eras un natural. Amoroso

y cierto como los amores de veinte minutos.

Dijiste: Te quiero mucho flaca.

Me hiciste bailar

como yo no sabía.

Me besaste

si el beso es absorción.

Me dejaste marcas en el cuello virgen.

Me dijiste: ¿Por qué te quiero tanto, flaca?

y nunca jamás te volví a ver.

Morgue

Estarías ahí

dormido

con el pelo escurriendo

hacia alguna parte

digamos futuro

dormido

sin poder despertar.

Por más que te despierte

y te diga cosas

el pasado

algunos viajes

nada te haría regresar de este sueño tuyo

poco dócil

si me permites decirlo.

Te preguntan antes de entrar al cuarto “¿Ya está listo?”

y dije sí.

Pero nadie habría estado listo para verte así

dormido

desnudo

sin cara responsable:

tu última expresión entre rendido y cansado

cómo debe ser final la muerte.

No te dijeron cinco minutos más

una semana

un día

sólo así:

Lo que hay es lo que tomo.

Y te fuiste

sin medias palabras

sílabas

burbujas de saliva

nada.

Te rendiste

y es tu cara la que ahora descubren

como obra de arte en el museo:

el último cuadro de alguien que importa

que pudo hacerla

que vino a vencer

sin nada en los bolsillos

a pintar el mundo.

Miro tu cara ahora: un lienzo
de todo lo que pasó por tu cabeza
antes de cerrar el gesto y decir hasta aquí
me voy.

Nada ha sido simple:
hasta aquí.

Dormiste como si estuvieras en la playa
esperando que alguien te despertara.

Dormiste como en una siesta de tarde
pero no te puedo despertar, padre,
porque no te dejas.

Toco tus hombros y no pasa nada.

Teuento lo que ha pasado y no dices nada.

Me quiero reír, pero no hay respuesta.

El encargado espera a que firme algo, un papel
que dice que te vi, que sé lo que vi,
que hice lo que pude...
o quizás eso no lo diga ese papel

y lo digo yo,

con burbujas de saliva en la boca.

¿Qué te hará traer de vuelta?

dime y lo hago. Quiero hacerlo.

Verte así me desarma.

Despierta, despierta, despierta

nadie quiere seguir solo,

y por nadie quiero decir yo.

Te quiero llevar con la sábana puesta

hacerte una tortilla de huevo y pan tostado, café,

mira, decirte, eso, mira: Esto

te perdías mientras dormías tanto.

Los puentes

Lloraba por todos lados, padre
mientras comía pollo asado
en el fregadero,
al teléfono

con gente cerrando tratos
lloraba porque no te volvería a ver;
por la vida lejos
porque éramos distintos y lo mismo
porque tú de niño eras otro, más suave,

buscando excusas para no sembrar el campo.

Ya no hay tiempo, padre
se nos terminó.
Manos vacías y limpias las nuestras.

Pude verlas y tocarlas
en tu cama de hospital
treinta y dos días antes de tu partida.

Tenías que vivir.
Tenías que morir.
Y en el intersticio, dejar varios hijos

algunos que no conozco
parecidos a ti.

Lloro por todos lados
en la ciudad.

Me transporto, vivo el día a día
llorando a mares,
la ropa húmeda
y le ofrezco vasos de lágrimas a extraños.

No debiste haber muerto, pero lo hiciste.
No debemos estar solos, pero lo estamos
y nos va tan bien en el fracaso
que lo practicamos con entusiasmo.

Mira, padre, ésta es tu hija.

La única mujer.
Quiere ser objetiva, aunque llora en la oficina
para que no mueras todo el tiempo
para que no te vayas
y algo de ti quede en los tuyos.

Se acostumbra a llorar esta hija tuya

y en su casa la ropa está mojada
y no sabe qué hacer.

Ambos, tú y yo,
hemos roto los puentes.
Con pólvora definitiva
los tuyos se vinieron abajo.

Los alacranes

Llegaron

dos días después de mi padre muerto
los alacranes.

Erguidos, tomaban posesión
dueños absolutos.

Sin escándalos
sin nada más que su oscura presencia.

Me quedé sin voz desde el funeral:
no puedo cantar
enumerar objetos
hablar del clima
ni decir lo que la gente dice en situaciones así.

Mi padre murió
con maquillaje encima
y varias aberturas que le fueron cosidas.
Era un muñeco
remendado.

¿Dónde está el hombre que yo vi, antes, mucho antes?

¿Quién da cuenta de ese otro hombre

que no es éste del féretro?

¿Despedirse es mirar un rostro y sentir nada?

Una vez me dijo: Sal de aquí.

y lo hice ¿Dónde

está ahora?

Hay un hombre en las fotos

de treinta años antes:

un hombre joven

sin camisa

dispuesto a entrar a un río

a correr maratones

a meterse en la cama muerto de miedo

por los truenos y la lluvia.

De ése no sé nada.

Nadie dice nada.

Las mujeres lloraban en los pasillos de la funeraria
tomando café con pan a sorbos.

Llovió tanto esa noche:

primeras aguas de mayo.

Los alacranes son dueños de esta historia
y no hay resquicio de la casa
que no sea suyo.

Los hijos

Entendí todo
mi amor por los padres de familia.

Pobres hombres
llenos de apuro
amenazados con llegar a cenar.

Los abrazo el rato que pasan liberados
su alegría resuelta
este mirar a medio párpado
pensando en mí
la que no viste a sus hijos
queriéndome y odiándome
por no saber los detalles de su vida doméstica:
esas mañanas en las que salen de casa
todos juntos en el auto escuchando las noticias;
los dos pequeños atrás y el mayor adelante.

Yo sabré todo después:
los partidos de futbol, los ensayos,
las clases de música, la psicóloga especial.

Esos hijos que no veo
Y que su padre ama tanto tanto
que me los unta en el pan con mantequilla
en el jabón en la espalda húmeda
esos hijos de mermelada roja
de ropa limpia
que entran a la recámara
sin recibir instrucciones
sin amar ni un poquito
sin abrir las manos
sin decir: Papá quiero irme a casa.

Amo a estos padres de familia
la revelación del año.

Me hacen pensar en mi padre
escurriendo de casas oscuras
abrazándonos sin culpa
y diciendo: Hija, tráeme un vaso de leche,
acompañame a cenar
¿Cómo te fue hoy?

Albóndigas

La señora de la fonda

me dice: Mi amor

al minuto de sentarme.

Cocinó

↓sin saberlo↓

las albóndigas que me preparaba Gilli.

Los muertos se hacen presentes

con salsa espesa de tomate

y un corazón de huevo cocido al centro

rodeado de carne.

Como uno que vive.

Algo de fe

Tuve ganas de rezar
pensé en ti
prendí una veladora
la dejé en casa
y salí a ganarme la vida.

Cómo me gustas sin ropa
fumando en la sala,
cada objeto con tu presencia,
incluyéndome
más yo que nunca
en una nada hecha de ti y de mí
desnudos
en silencio
sin temor
sin extrañarnos
sin hambre
sin sed.

Rezo por ti.

¿No merecemos acaso una oración
para nosotros?

La cera gotea

Amorosa, ferviente

cera

que cae por ti

desnudándose

por ti

adelgazando su cuerpo

por ti

hasta quedar en el vaso

resistiendo

hecha de puro pensamiento.

Los amantes

Antes de mí

mucho antes

pagaban por sexo los dos amantes.

Incapaces de amar

con ojos abiertos

pueden incluso despertar en llamas

por dentro

sudorosos

aplastarse a medias:

bestias inquietas ante el goce.

El otro día, en la oscuridad del cine

cada uno tomaba mi mano

(un barquito entre diques, sujeto a dos extremos

balance en el agua);

con la boca de palomitas

se sienten seguros,
en medio de la gente que son siluetas;
ellos, alrededor de mí.

Nada como la sed satisfecha

dije a los dos amantes

y volví al lecho

con el estómago inflado.

Sufren un accidente de auto mis dos amantes

perdieron un pulmón

varias costillas

se rompieron las piernas y los brazos.

Alcanzaron a decir que no querían comprometerse

conmigo

eso dijeron los vecinos que los vieron

entre la sangre

y los policías que saquearon el auto.

Ésas fueron sus palabras

antes de llegar
a la sala de emergencias.

Perderme, eso quiero,
dije a mis dos amantes
y extendí los mapas.

Mis dos únicos amantes tienen colitis
artritis
ataques de pánico
ansiedad
dermatitis nerviosa;
por alguna razón siguen tomando directamente
de la garrafa del jugo de naranja
con la puerta del refrigerador abierta.

Mis dos amantes

me peinan el pelo

me cuentan sobre su padre

cómo aprendieron a andar en bicicleta

a ser duros

por las mañanas

cómo aprendieron a amar mujer

a fuerza de prueba y error

hasta llegar a mí

convertidos en cachorros

con esa mirada de algo amoroso

o de conocimiento de una vida más triste

que la que llevamos.

Mis dos únicos amantes

me dicen

↓con harta ~~savida~~↓

deberías hacer yoga,

caminar más,

comer más sano

¿y si intentas nadar?

ve al spa,

ve al club

todo, todo,

para tener mejores piernas.

Hoy que es domingo, mis dos únicos amantes

irán a la plaza de toros

quizá se sienten juntos en las gradas

sin pensar en mí

concentrados en la bestia absoluta

que descubre en el ruedo

↓alucinada, ~~furia~~↓ese

gesto de fe

que sólo se halla en el momento definitivo de la muerte.

Mis dos únicos amantes regresan de viaje.

Me dicen: Hemos vuelto

con total obviedad.

Cocino

desnuda para ellos.

Días después, me preparan una fiesta:

uno sirve los tragos

otro pone la música.

Mis amigas, con ojos brillantes, exclaman:

Pero qué amantes tan deliciosos éstos...

Ellos bailan al centro de la sala

feroces, tiernos, entregados.

En su punto.

Pasó lo que tenía que pasar:

mis dos amantes abordan un avión

piden ventanilla

café de sobrecito

se recargan y se acomodan en los diez centímetros de espacio

sus piernas no caben ni dobladas cinco veces.

Ahora piensan en mí

en la ciudad que dejan

en la vida que dejan

(la despensa a medias, el programa de tv).

No tienen remordimientos

miran hacia abajo

ellos tan superiores

porque saben dejar

cualquier cosa.

Con final previsible

↓el amor es de quien da más nunca

como hoy

los dos amantes estaban tan colmados de ellos mismos:

sueltan el libro

donde leen sus vidas

miran por la ventana

toman té hirviendo

atentos a cualquier chasquido de puerta, suspiro, gato.

Como auto que arranca

era el amor que traían

y ahora se llevan

de tal modo

intacto

La cena:

un plato de arroz

y un trozo de carne.

Los dos amantes únicos

míos

acomodaban

por dentro

el alimento

que les daba ese tono

brillante en la nariz y frente

lamían las orillas de la boca

y tomaban agua simple.

Lejos de todo lujo

dicen: Amén.

Lavan los platos

se meten a la cama

a leer el mismo libro

en ediciones distintas.

Ellos, ahí, sentados
embrutecidos
miran futbol, los dos amantes.

Aman a Cristo y a dos jugadores
con toda su alma.

Toman cerveza y gritan.

Se olvidan de mí
por dos horas y media.

Me gusta mirarlos de ese modo
tan ajenos
a cualquier necesidad o ansia.

Son puertas de cristal:
puedo ver al otro lado, tocarlos
pero no puedo pasar.

Su vida es buena:

no guardan rencores;
su piel es lisa y limpia
sus corazones ya fueron
hace tiempo
colocados sobre una piedra.

Me dicen algo tomado
de un cuento de hadas,
los dos amantes:
Qué senos tan duros tienes.

Y se dedican a morderme la piel
con sus dientes afilados:
espadas, los dientes,
pirañas de amor
hasta las cuatro de la mañana.

Y yo quería dormir.

Ellos felices
en un cuadro de cocina:

un bodegón de carne fresca, flores, y fruta
mordida a medias, mostrada al centro
para antojo del espectador.

Encuentran una verdad
los dos amantes míos:
la guardan celosamente
brillan sus ojos de conocimiento.

Un buen día soltarán que lo sabían:
un dulce odiar a medias
es necesario
para durar en la cama.

Mis dos amantes, el domingo
me llevan al bar recién abierto
la barra brillante
la ciudad mojada

El hombre que sirve los tragos usa camisa a cuadros

Y barba

↓manos bonitas, pude notar↓.

Mis amantes me llevan al balcón

me cuentan lo último que han hecho

lo tanto que me extrañan

lo bueno que es vernos así

con la ropa puesta.

Extiendo los pies, cómoda,

risueña, dueña de la situación.

Alguien cerca de nosotros canta

baila algo extraño

o se dedica compulsivamente a dar cuenta de la cerveza.

Vamos de paseo mis dos amantes y yo:

pago los cafés

pago las cervezas

pago los taxis, el hotel
incluso sus deudas (yo: la todolopuedo).

Ellos me rasuran el coño
↓hombres trabajando↓
para verme más profundamente
y descubrir en mí
eso tan nuevo
tan brillante
solapado
inocente.

Mis dos amantes se turnan
los lados de la cama
los libros subrayados
la taza del café con animalitos en el borde;
juegan a la casita
y me esperan despiertos

cuando llego de la oficina

con los ojos gastados.

Dicen: Esto es un libro, mira

ésta es una fotografía, mira,

éste soy yo.

Me tocan:

me avisan con la boca

lo que vendrá después.

Mis dos amantes me piden dinero

les entrego los cheques de buen papel

y corren al banco.

Me dijeron: Eres maravillosa

es imposible quererte.

Aislada de ellos, imagino

que dicen algo sobre volver y cocinar.

Quizá ésta sea la última vez que los vea.

Mi amor se desplaza
en la ventanilla del banco,
desmoronándose.

Como dos personas enamorándose

mis dos amantes
caen los jueves por la mañana
puntuales 8:45

día con sol día con lluvia.

Frente a la puerta me miran

sin mirar nada más
ni el sol ni la lluvia
adentrándose en mí.

Sin que pueda hacer nada

los miro
sorprendida de su ropa deportiva
su barba de tres días.

Anticipándose al beso

está mi boca

Anticipándose a la pérdida

está mi cuerpo

que tiembla.

Mis dos amantes tienen problemas para dormir:

no tienen trabajo hace meses

↓comienzan a morderse las uñas↓ miran

las noticias

leen las noticias

escriben las noticias

hasta agotarse

y piensan dejarme un día de éstos

que yo no ande sensible

o irritada

↓cosa poco probable↓.

Les muerdo las orejas y digo:

Todo va a salir bien.

Ya tocamos el suelo

y no es lo último

que hay.

Voluntad del desplazamiento

Teléfono

La madre llama
más de quinientas veces
más, muchas más,
música triste en casa.

Dice: ¿Estás tomando vitaminas?

No puedo moverme
ni gritar
sólo pienso
en dónde hemos estado
que agota
dónde, que no es aquí.

La llave del fregadero está descompuesta
la ventana no cierra.

El amor no sirve para abrir las ventanas
o arreglar esas llaves.

A cinco horas de la voz de mi madre
escondida en el teléfono, pienso
si estos días pueden abrirse en otra parte.

Las marisquerías

Veía luego a los viejos
en las marisquerías
ahítos de catsup
los camarones saliendo de sus bocas
empinados a golpes lentos de cerveza.

La vida de esos viejos era tan buena
que daban ganas tremendas de seguir un rato más por estas calles
mirar de cerca las cristalerías
con sus anillos de bodas
comer las donas azucaradas
dañinas para cuerpo y alma
y sonreír
con dientes cariados y oscuros
porque nos quedaba esta vida única
en la cual aspiramos a ser viejos
cansados

aburridos
hastiados
de lo mismo
pero vivos.

Premio

Entonces vi pasar a los hijos de la secretaria

comiendo helados.

Algo los hacía apurarse

el cielo tan arriba

y ellos tan abajo

en fila india

hurgando con la lengua

ser eternos.

Toros

No entiendo a mi madre:

pasan los años y es una total desconocida.

Aun si llama diario

Es la misma conversación

el día

los alimentos

el cansancio.

No entiendo nada de ella

pero la pienso varias veces al día

fascinada de la incomprensión.

El parto

Viéndolo bien, después de un rato
son aburridas las puestas de sol
↓el brillo de esa luz roja muriendo en el ~~an~~ el
mismo herir de hombres
a punta filosa de senos.

La repetición que es todo acto:

la cabeza de rizos entre las piernas
el parto fantástico que ninguna madre dice
el parto que viene de afuera y regresa al agua
intruso que a lengua y dientes
entra
iniciático, a morir de nuevo
en agua y saliva.

Desde ese sitio, donde él está, me ve morir también
muriéndonos de agua mutua los dos.

En estos mecanismos de la repetición viviremos

un día más.

Leonardo

Tendrías un hijo
para llamarlo Leonardo.

Leonardo es tan buen nombre
que merece un cuerpo nuevecito
amoroso
lleno de tí
similar a tí
un poco de Italia en tu casa.

Leonardo es tan bueno
que se come las plantas nuevas
dice sus palabras suavemente
y su mundo está por cambiar.

Él lo sabe.

Tú lo sabes.

Tu amor de madre lo sabe.

Te dirá lo que necesites

El martes, el jueves, la semana entera.

Leonardo, Leonardo, Leonardo.

La lluvia cae, Leonardo.

La ciudad cae, Leonardo.

Las palabras caen, Leonardo

las manos caen.

El mundo sigue, Leonardo

y hay que ir al colegio

a la oficina

al mercado

ser solícitos

buenos hijos y padres

y tomar los trenes a tiempo.

Aunque ya no haya trenes

y este tiempo no sea el de nosotros.

Un hijo

Tendrías un hijo como un premio
dispuesta a vestirlo para fiestas y ocasiones diversas.

Lo pasarías de brazos por ahí
todas mirándote
con un poco de envidia.

Tendrías una casa que tendría una cuna
y lo acostarías
le cantarías
con suavidad
para irte a dormir sin culpa.

Por ti
por tu padre
por tu madre

por los de antes de ti

él sería de ti

una lengua nueva

tú serás, en cambio, su margen oscuro, su núcleo de odio.

La casa, la madre

Una vez que la casa se consume

por dentro

nos queda mirarnos

y decir: Sí, era esto:

hecho de lumbre el interior

de resina de árbol

de voces que cuchichean las facturas.

¿Y la vida diaria? ¿lo pensaste?

claro, claro, claro

haz una maleta donde quepas

con todo y pájaros de la cabeza

y los libros ilustrados

ediciones especialísimas.

Palabra de madre cierta

es aquella que al instante que se enuncia se hace cosa

¿verdad?

Madre dijo: Agua

y fue agua

agua por aquí, por allá, hasta que no hubo manera

de ponerla en jarrones ni tinas ni tazas de té

entonces llegó al mar

y a los ríos acaudalados como banqueros

gordos ríos, sonrientes ríos, prósperos y amorosos

sin deber nada, sabiendo que todos los demás deben

seguros, amplios de sí

llenando con su material líquido las esquinas del mundo

-↓tan pequeño cuando lo miras desde la ventana

de tu cuarto↓

Palabra de madre que dijo familia

y me nacieron diez hijos

de mi fruto tierno:

hijos como granos de maíz

hijos como manzanas

hijos llorando por toda la casa

haciéndose agua y orina.

La verdad de madre es brutal

y gris

verídica por todas partes

y duradera.

El tren

Érase una vez un día

timidito caminaba de puntitas en el cuarto

y se quitaba la ropa

poco a poco

ardua esa tarea de desnudarse.

Recibe una llamada: su madre.

Se cuentan los sueños de la noche anterior

se interpretan y lamentan la distancia, el tiempo,

sobre todo la distancia

que los separa.

El día cierra los ojos.

Imagina que viaja en un tren

y los pueblos pasan:

vacas, niños, mujeres cargando agua en sus cabezas.

El mundo se mueve tanto

tan rápido

como un pensamiento inalcanzable.

La primera vez que vio romperse a alguien

tenía dieciséis.

La primera vez que vio enamorarse a alguien

tenía diecinueve

La primera vez que le pidió a su padre que lo llevara a una puesta de sol

[una obra de teatro muy muy interesante, telones y todo]

tenía siete

La primera vez que vio personas echar agua bendita a sus casas

tenía cuatro

Cuando vio a su hermano comer hormigas, lombrices y la tierra de las plantas

tenía seis o eso cree recordar.

La primera vez que se vio desnudo

cerró los ojos.

El mundo se mueve tanto.

Sin embargo es tan lento

caluroso

hinchido de vanidad imprecisa.

El día, en puntitas
se acicala como puede
en ese tren con ventana amplia.

El amante

El amante se va.

Pienso bien de él.

En la tarde será de otra

¿Y sus manos?

¿Su boca exacta a la mía?

Cabíamos en el mismo espacio de tela

sabíamos de qué reír.

Todo su cuerpo era mi casa

Yo, la dueña única de la llave.

Nos asomamos de su balcón a la avenida:

reyes saludando a su pueblo.

Y el mercado apenas se montaba.

Ah, ese sentimiento, ¿cómo olvidarlo?

Era mío el mundo

mío él

entero como puede ser entero

un animal herido.

Pienso bien de él.

Cómo no hacerlo.

Un día que subía a su departamento, a media escalera,

se fue la luz

y él había salido a encontrarme.

Supo dónde estaba yo

dónde mi boca

mi cuerpo entero

entero como un auto a toda velocidad

estrellándose.

Hubo una última noche.

No sabíamos que sería la última.

Y tampoco planeamos que fuera de noche.

Una noche entera: hogaza de pan:

rotunda

nutritiva
plena
para amarnos.

Debajo de nosotros
la avenida
el mercado sin hacer
el reino que era nuestro
la casa propia
la llave.

Picnic

Hagamos un picnic de fin del mundo:

miremos desde la terraza los fuegos pirotécnicos

la fiesta del final-fin-último- de- lo -último

pensemos en lo bueno y en lo malo

que habita en cada uno de nosotros.

Colmados de sangre cálida

veamos los pollos cubiertos de mantequilla

puestos a dormir

un sueño plácido en el horno

miremos los panes que se rompen

los dulces típicos

el vino para todos.

Sin escatimar por fin, por fin

porque ésta es la última fiesta

temblemos

por dentro

por fuera

por todo aquello que ya no haremos.

Sostén tus buenos deseos en las manos
y sopla fuerte.

Había amor

¿verdad?

Al menos eso:

nos tocaron

nos miraron

nos desearon el bien.

Olvidémonos

del horror de pagar la renta

del infierno que es la repetición de los deberes

de atorarnos en el metro

y de los vendedores de música que aíslan cualquier otro sonido.

Pasemos las galletas de chocolate derretido

las manzanas

como si fuera Año Nuevo

y viniera una primavera en la distancia.

Pero no:

éste es el último trago de noche dura.

Si no logramos amarnos

no hay tiempo ya de conocernos

a nosotros mismos.

Esos días

Esos días estábamos tan inquietos

que no atinábamos a ponerle azúcar al café.

Fue el día que esperé a mi padre en la terminal:

había muchos hombres viejos

pero no el que yo conocía.

Lo esperé por tres horas y al final

tomé un taxi.

En menos de una hora estaba frente a la cama,

separando el cobertor

ya lista para entrar.

¿Si mi padre hubiera llegado en este momento

justo que la noche es tan fría y yo estaba al fin tibia?

Esos días de calle y de ruido

perecían poco a poco

sin que cambiáramos por dentro,

idénticos

amorfos de tan idénticos
mirando los cables de la luz
que aún existen
un pentagrama suspendido de un edificio a otro.

¿La música, adónde se ha ido?

Algo llegábamos a sentir:

un piquete de ansia,
un remolinito de verdor
un no sé qué
pero esos días
no aguantábamos las fiestas
ni tomar vino en vasos de plástico
ni ver a nuestros hombres con sus nuevas mujeres

↓por otro lado tan hermosas, de fresca piel↓.

Esos días nos salíamos de los ojos
queriendo ver algo que nos sacara de aquí
no sólo la inquietud

y comernos los bordes de los dedos

alimento intermitente.

¡Yo que quise tanto!

Por cualquier cosa, deberías saberlo:

Eran días de luz

mientras la ciudad se comía

el tiempo de los demás.

Cuarto con vista

No era de mí

la caída de las hojas amarillas

no era de mí.

Era un amanecer

un cuarto con vista

sobre la ciudad.

Tú duermes en el cuarto a oscuras

con los brazos extendidos:

la imagen viva de la crucifixión.

Me aproximo y te beso las manos.

Despiertas y dices

algo que no importa recordar.

Lo que importa es ese primer despertar tuyo:

yo en tu regazo pidiendo otra ciudad donde vivir

otra alcoba

otro modo de caer

sin herirme.

Como antes

Nadie me dijo: Vete de aquí y no vuelvas

hasta que regreses entera

como antes.

Ve a buscarte, haz lo que tengas que hacer

pero no te derritas de nuevo en las alfombras

↓es de mal gusto↓.

Ve y sálvate

sin que nadie ponga una mano en ti.

Entonces tú

serás la de antes

La que tenía una boca delineada y los ojos abiertos

un corazón

↓recuerdo eso↓

que no se desmembraba al menor roce.

Nadie me dijo: buganvillas hay

y pinos y ahuehuetes

noticias de la radio y música y uñas pintadas.

Nadie.

Entonces ve y mírate.

Resuelve las tareas pendientes

contesta el teléfono

firma el cheque,

la cajera del banco te mira porque te ha visto antes.

¿Sientes frío, calor?

Hará diecisiete grados en la tarde, prepárate.

No te caigas del balcón

como la otra vez

que te quedaron marcas por semanas

cruza las piernas al sentarte

no te derritas en la alfombra

no te tales los ojos

ni tengas miedo a los elevadores.

Acomódate ya:

es muy natural perder el rumbo

o las llaves

y no saber qué decir

si te preguntan algo.

La cena

Los amigos llamaron

atraviesan la ciudad

una trae un hijo en el asiento trasero del auto

otra carga una botella de vino abrazada en la multitud

del metro

logra sostenerse y mira la marca del vino (es bueno).

Reunidos dominarán la mesa y reirán

porque es modo de reírse éste

imaginar que no hay nada más divertido justo ahora;

contarán los detalles que los sorprenden

las clases en la universidad

las vacaciones:

el mar o París o Italia, por qué no.

El hijo tendrá acceso de los y lo miraremos suspendidos.

La noche se ha cerrado.

La ciudad respira el bufido de los autos.

Parto el pan

música de fondo

y vamos soltando las palabras

como quien tiene hambre.

Exigencias

Sé despiadada, dijiste.

y lo único que fui capaz de hacer fue pegar mi cara

a tu cara

antes de dormir

y escuchar tu voz

contando un viaje donde no estuve

donde había un guía

un desierto

un aura mística

y yo podía perderme en esas dunas virginales.

Sé despiadada, exigías.

Y lo único que pensé fue cómo un cuerpo

podía acomodarse en una cama

siendo él mismo

y a la vez que nunca había estado tan cerca

tan cerca

de hacerse pedazos.